

LA REVOLUCION INDUSTRIAL: EL HOMBRE CONTRA LA NATURALEZA

*«La Naturaleza ha de ser acosada en sus vagabundeos...
sometida y obligada a servir... esclavizada. Torturada hasta
arrancarle sus secretos»*

SIR FRANCIS BACON. Filósofo y científico inglés. s. XVIII.

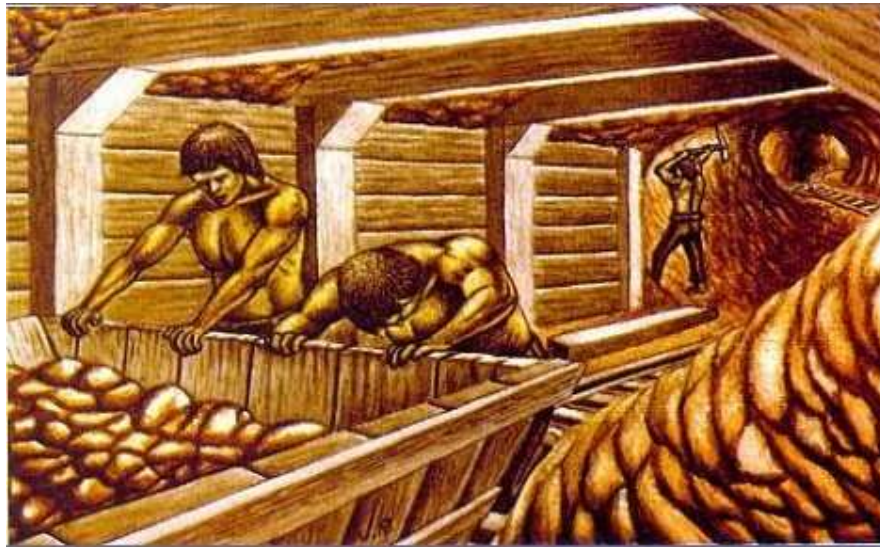
Por lo que hemos visto hasta ahora, parece que desde el principio la ruptura de la armonía entre el Hombre y la Naturaleza fue acompañada de la ruptura de la armonía de los hombres entre sí. Pero, la capacidad de agresión, tanto a la Naturaleza como a otros hombres, no aumentó demasiado durante mucho tiempo. Ha sido hace unos pocos cientos de años (y para la Naturaleza eso es muy poco tiempo) cuando la coincidencia de los distintos progresos, pero especialmente el de las armas, hizo que algunos hombres se sintieran cada vez más poderosos. Esto les llevó a tal grado de soberbia que (como pasa siempre a las personas soberbias) perdieron la comprensión de la realidad. La creencia de la superioridad de unos hombres sobre otros, también fue acompañada de la creencia de la superioridad del «hombre civilizado» sobre la Naturaleza. Y comenzó un proceso de destrucción que, hasta ahora, no ha hecho más que crecer.

Hasta el siglo XVI, en todas las culturas se seguía viendo la Naturaleza como algo vivo y lleno de misterios. Desde la antigüedad, los sabios buscaban el conocimiento; querían comprender el orden natural, e intentaban vivir en armonía con ese orden. Pero los progresos científicos que comenzaron a producirse en Europa hicieron creerse a los hombres que eran capaces de dominar, de controlar a la Naturaleza. Los descubrimientos del astrónomo italiano Galileo o del físico inglés Isaac Newton, les hicieron pensar que el Mundo, el Universo, era como una gran máquina y que todas las cosas vivas y no vivas funcionaban como máquinas. El inglés Francis Bacon creó el método científico de estudiar la vida que se basaba en dos teorías: la primera, que la Naturaleza se podía explicar mediante las matemáticas; la segunda, que haciendo experimentos (imitando y estudiando el funcionamiento de las cosas en la Naturaleza) se podrían obtener «leyes» sobre el funcionamiento de todas las cosas. Esto haría posible predecir (es decir, saber anticipadamente) cómo iba a funcionar la «máquina» de la Naturaleza, y, por lo tanto, se la podría controlar, dominar.

De este modo comenzó lo que se conoce como la Revolución Científica, que hizo creerse a algunos hombres que eran capaces de comprenderlo todo, de llegar a «la verdad», mediante el método científico y el razonamiento. Así, el filósofo y matemático francés René Descartes, fue el creador del racionalismo: con una gran confianza en su inteligencia afirmó que todo lo que se puede ver con claridad y distinción es absolutamente cierto. Y él lo que veía era que un ser vivo, un hombre, era como una máquina y «un enfermo y un reloj mal hecho pueden compararse con la idea de un hombre sano y un reloj bien hecho».

Y a partir de aquí comenzó en Europa el distanciamiento, cada vez mayor, de la Naturaleza. El querer manejarla y controlarla hizo que cada vez se la

comprendiera menos y que se viviera cada vez más en contra de ella. (Es lógico; si quieres controlar, dominar a alguien, no puedes pretender ser, además, su amigo). Y así se llegó a la «Revolución Industrial»: con los descubrimientos científicos producidos mediante la experimentación se construyeron grandes máquinas de vapor, enormes minas que agujereaban la tierra a gran profundidad o que derribaban montañas con explosivos, fábricas que arrojaban a los ríos basuras,... Todo esto comenzó cuando se llegó a la conclusión «científica» de que la Naturaleza era una especie de máquina y los árboles, los ríos, las montañas, se convirtieron en «recursos naturales».



Pero, al parecer, esta forma de ver la Naturaleza es una especie de excusa, quizás inconsciente, para justificar los daños que se le causan, aunque en nuestra cultura se ha «disfrazado» de teorías científicas. Según la ecóloga Carolyn Merchant «Mientras se pensó en la Tierra como algo vivo y sensible, podía considerarse como un mal comportamiento el llevar a cabo actos destructivos contra ella...» «No es fácil matar a la propia madre, hurgar en sus entrañas en busca de oro o mutilar su cuerpo...» La solución: convencerse de que es una máquina insensible, y así no existen los remordimientos.

Y estas excusas, aparentemente científicas, serían desde entonces muy abundantes, especialmente cuando se trataba de explicar las relaciones entre los hombres. Porque, una vez más, el aumento de la agresión a la Naturaleza, fue acompañado de un aumento de la agresión entre los hombres: en los países «colonizados» por los europeos, los hombres, mujeres y niños, eran obligados a trabajar como esclavos para obtener las «materias primas», maderas, minerales, alimentos,... que eran llevados a Europa. Y en Europa, familias enteras, incluidos los niños, trabajaban en fábricas y minas durante horas y horas, en condiciones durísimas y con sueldos miserables. Y cuando los dueños de las fábricas y de los campos y bosques de las «colonias», vieron que podían ganar cada vez más dinero, sin límites, surgieron las «bases científicas» de la economía que todavía se utilizan.

Como hemos visto, desde la Prehistoria, los hombres se intercambiaban productos necesarios (herramientas por comida casi siempre) pero no con intención de enriquecerse. También en las sociedades agrícolas el mercado era fundamentalmente para conseguir lo necesario. Incluso los señores

feudales almacenaban alimentos para repartir entre sus siervos en caso de malas cosechas... Pero la idea de que cualquier persona podía enriquecerse más y más, surgió cuando se empezaron a acumular enormes fortunas procedentes de los países colonizados y de las fábricas europeas.

Entonces, en pleno auge de la visión científica del mundo, surgió la economía como «la ciencia que se ocupa de la producción, de la distribución y del consumo de la riqueza». Sus «bases científicas» (que también se denominaron leyes) eran, en primer lugar «la libre iniciativa» es decir, que cualquier persona podía buscar una forma de ganar dinero, y que esto dependía de la ley de «la oferta y la demanda», es decir, que todo lo que se puede vender porque haya personas que lo quieran comprar es un «negocio». Esta lucha por la riqueza estaba dirigida por la libre competencia, tanto entre los ciudadanos como entre distintos países, y así, los más hábiles o los más astutos eran los que más se enriquecían. Esto es lo que el economista Herbert Spencer en su libro *La estática social*, de 1851, llamó «la supervivencia del más apto». Según él, no debía existir ninguna protección de los gobiernos a las personas que no hubieran logrado triunfar en la lucha por la riqueza, porque el que no lo hubiera logrado era porque no era «apto». Es lo que se llamó liberalismo económico. La idea, el concepto fundamental (el equivalente a ecosistema en Ecología) era «laissez faire» (dejad hacer) es decir, que cada persona era libre de hacer los negocios que quisiera porque eso «creaba riqueza». Pero lo más absurdo de este sistema económico es que, para que funcione, los beneficios tienen que crecer continuamente, hay que trabajar duramente, porque en una competición continua no se puede parar, y el que se detiene es vencido por la competencia. Y eso era igual para las relaciones entre personas que para las relaciones entre países: ya todos eran «competidores», es decir, que un país tenía que vender más cosas a otros que las compradas para obtener beneficios, y cada año éstos tenían que ser mayores.

Estas ideas os pueden parecer absurdas, y más después de haber visto en qué consistía el comercio, el intercambio de cosas necesarias, cuando los hombres eran razonables. Pero surgieron en una cultura que había conquistado casi todo el mundo y con tantas riquezas se llegó a pensar que los «recursos naturales» no se acabarían nunca. Que se podría seguir así eternamente (perdieron la comprensión de la realidad). Pero lo peor es que, ahora que ya se sabe que muchos recursos se están acabando y que otros se acabarán, las «leyes» que dirigen la economía en el mundo son las mismas que en el siglo XIX.

Pero las consecuencias de la libre competencia se hicieron notar enseguida: para que unos hombres o unos países se hicieran cada vez más ricos, otros tenían que hacerse cada vez más pobres, porque en una competición no pueden ganar todos. Entonces llegó la «explicación científica» de esta lucha entre los hombres: el «darwinismo social».

Como vimos en los primeros capítulos, la mayoría de las personas creen que Darwin fue el creador de la idea de que había existido una evolución de los seres vivos. Pero la primera teoría de la Evolución fue del gran naturalista francés Jean Baptiste de Lamarck en el siglo XVIII. Ni siquiera la idea de la selección natural fue una creación exclusivamente de Darwin, porque un naturalista aficionado, A. R. Wallace, que investigaba la Naturaleza en la isla de Java, había llegado (posiblemente antes que él) a la conclusión de que era la selección natural la que dirigía la Evolución, y se lo comunicó por carta a

Darwin.

Pero el gran éxito que tuvo su libro *El origen de las especies mediante la selección natural* se debió a que Darwin, influido por las ideas económicas de su tiempo, las utilizó para explicar las relaciones entre los seres vivos en la Naturaleza. En la segunda edición de su libro escribió: «He llamado a este principio, por el que cualquier pequeña variación, si es útil es preservada, Selección Natural... Pero la expresión, utilizada a menudo por Mr. Herbert Spencer, de "la supervivencia del más apto", es adecuada y, a veces, igualmente conveniente». Aunque después aclaró que el más apto no es necesariamente el más fuerte, la idea se utilizó por los políticos y economistas para justificar la terrible situación que había provocado el colonialismo en todo el mundo. Es lo que se llamó el «darwinismo social» (y todavía hay bastantes personas que creen en ello).

Según esta teoría, las personas, países y «razas» estaban dirigidas por las mismas leyes de la selección natural que Darwin había observado en las plantas y los animales. Las diferencias entre ricos y pobres se debían a diferencias «naturales» entre las personas y la riqueza era debida a la mayor calidad de algunas personas (es decir, que los ricos lo eran porque eran «los mejores»). Por eso no había que intentar ayudar a los pobres, porque sería entorpecer el funcionamiento de las «leyes» naturales que se regían por la competición. Esto sirvió para justificar, de una manera hipócrita, las tremendas injusticias que existían. Eran así porque, según «la Ciencia», así debían ser. Y desde entonces se utilizaron tanto para tranquilizar la conciencia por la existencia de los pobres de los países europeos (habían perdido la competición porque eran «menos aptos») como para justificar científicamente la explotación e incluso exterminio de los «aborígenes», de las «razas inferiores». Los que estaban «menos evolucionados» tendrían que desaparecer derrotados por los «más aptos».

Y así, la cultura que había llegado a la conclusión de que la vida era una lucha permanente de todos contra todos se extendió por el mundo, «sustituyó» a otras culturas, y se convirtió en una plaga.

